



to perfumado y los sultanes anuncian la Primavera... Al-Magrizzi, tan puntual como el viejo Pausanias, dice que en Zacar, como en todas las tierras que navegan, no hay caballos, porque el viento norte se gasta en empujar la tierra y no le queda aliento para fecundar las yeguas...

Zacar tiene por capital Badruldador, que está con sus laceras imposibles en los versos de Jean-Paul Toulet.

*Vous que revenez de Catai
par les Messageries...
avez-vous vu Badroulbador,
princesse de la Chine?*

Ya sólo las princesas de la China, cuando sueñan, ven Zacar, como en una redoma de cristal y entre rosales y limoneros, las pagodas de plata de Badroulbador...

LA IGLESIA SUBMARINA

No son una, ni dos, ni veinte las iglesias submarinas; hay toda una cristiandad bajo las aguas y obispos del mar fueron vistos en Lubeca, Trura y Padrón. El de Padrón fué visitado por los canónigos de Compostela y era de forma de pez «con mitra y báculo» y se sumergió en el mar, echando bendiciones. En Truro, en Cornubia, se conservan las sandalias de San Illa, uno de los fundadores celtas, Patrón de la iglesia de Santa María en los islotes de Deilly. Allí están los Bishop Rocks, con el «agujero de las campanas»; asomándose se ve la procesión de San Illa pasar por el bosque de Tresco y se oyen las campanas de Santa María...

Pero la más hermosa iglesia submarina es la de San Balandrán, en el país de Liscanor. El arcediano de Luis la visitó y dijo que era toda de caracolas y pedrería; sus cam-

panas se oyen en el Gran Sol y en el Vidal Bank y en el año 1246 se albergó en Ruán, de paso para Roma, el deán de Liscanor, «que solamente gustaba de pechugas y requesón». Era un hombre como los demás y muy leído, pero se sofocaba si estaba mucho tiempo en seco. En Ruán paseaba por el Sena, él por el agua y los ruaneses, de mucho coloquio, por la orilla.

SIRENAS

No vamos a olvidarnos de las sirenas cuando ahora tenemos tan estupenda noticia como ésta: monseñor de Larrei cuenta en su Historia de Inglaterra «que, en el siglo xii, estaban las costas inglesas muy pobladas de sirenas. Una enfermó en una playa y la recogieron unos pescadores, que la cuidaron y alimentaron y vistieron con una camisa para que no estuviese indecente. La sirena era muy cortés y delicada y aprendió a hacer «crochet».

Las sirenas viven en dos o tres países conocidos, como Arnival y Narahio. Una sirena de Arnival, intentaba conquistar un caballero normando y le decía:

—Venid a mi casa de Arnival, que frente a ella desaguan los ríos de Roma, en los que sabéis que se pierden al año, por cardenales, peregrinos y príncipes, unos ochenta tesoros. No tenéis más que coger con una espuerta aquel oro y aquellas pedrerías que las aguas arrastran...

Pero el normando no siguió a la sirena bajo las aguas...

Otra sirena prometía a otro bretón una plaza en las cuerdas del rey de Narahio «donde ya hubo otro de tu país que dejó su fortuna para su sucesor, con el encargo de cuidar de su viuda, que es una de dieciocho y casi sin estrenar, muy gentil y música y con una sonrisa que enamora...»

El bretón se calentó la cabeza y se echó al agua en Carteret, siguiendo a la sirena; su familia y los amigos lo despidieron en la playa. No se volvió a saber de él.

FABULAS

Estas son fábulas del mar. ¿Fábulas? Algo más que fábulas. Yo gusto de contarlas aunque no sea Simbad el Marino, ni haya hecho el viaje de Ulises... Muchas he contado ya y otras muchas contaré. Bajo las aguas marinas duermen países, ciudades y bosques, como sobre la tierra no hay. Cerca de donde nací y por vez primera vi el mar, se oyen campanas en un remolino que llama la «binda» de Forxan. Las he oído alegres, matutinas...

«Pero un buen piloto sabe que ni el volcarse a babor, ni el volcarse a estribor es el destino del barco, sino seguir la prolongación indefinida de la proa.»

JOSE ANTONIO

